

# **EL MOLINO DE DIOS**

**Mario Pelоче**

# **EL MOLINO DE DIOS**

  
**ESDRÚJULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, marzo 2017

© Mario Pelоче Hernández, 2017

© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: PerroRaro

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 333-2017

ISBN: 978-84-17042-06-6

Impreso en España · Printed in Spain

Para Nuria.

Por lo intangible que nos sustenta,  
por lo invisible en lo que ponemos nuestra fe.

«La imaginación del hombre, como todas las facultades que se le conocen, funciona con arreglo a unas leyes establecidas de existencia y operatividad susceptibles de seguimiento, y actúa sobre el mismo material: el universo externo, la constitución mental y moral del hombre y sus relaciones sociales. En consecuencia, por distintos que puedan parecer a primera vista los resultados obtenidos entre los cultivados europeos y los salvajes hotentotes, entre los filosóficos hindúes y los pieles rojas del Oeste americano, examinados de cerca presentan características idénticas».

EDWIN S. HARTLAND, *The Science of Fairy Tales: An Inquiry into Fairy Mythology (La ciencia de los cuentos de hadas: Estudio sobre la mitología féérica)*.

«... Y así, con bastante frecuencia a algunos, tal vez ocasionalmente a todos, se nos presentan ligeros destellos de iluminación, brevísimos atisbos de la naturaleza del mundo tal como es para una consciencia liberada del apetito y del tiempo, del mundo que sería si no prefiriéramos ser nuestros yos personales y, con ello, negar a Dios.»

ALDOUS HUXLEY, *Viejo muere el cisne*.

## Capítulo I

Lo único que le queda a Elías de su hijo es una caja. A eso se reduce la vida, cualquier vida: a una anodina caja de cartón, grande y pesada, vetuada de mugre y moho.

La mesa de formica rayada en la que reposa, y la macilenta luz de la bombilla, no logran sino acentuar el realismo, petrificar el drama.

El anciano no necesita mirar el nombre de la etiqueta torcida dispuesta sobre la cinta de embalar. No quiere, de hecho. Teme la avalancha de recuerdos afilados que esa simple acción pueda desencadenar. Pero mira, claro. «Lázaro Muriel González». Y, contra todo pronóstico, no ocurre nada. Apenas un atisbo del rostro de su hijo: abotagado, de piel mortecina y ojos tan oscuros como la barba y el pelo, siempre enmarañado. Tenía los rasgos de su madre, y eso explicaba muchas cosas. Su distanciamiento y la animadversión que nunca se atrevió a expresar en voz alta, por ejemplo.

Elías piensa que de los recuerdos del pasado se forman las penas nuevas. Aunque no siente aún esa pena. Ni tristeza, ni melancolía siquiera. Era su hijo, pero a la vez era un

desconocido. Era su hijo, claro, pero nunca reconoció en él nada suyo. Era un trastornado; lo había alejado de sí por eso y lo odió cuando, tras la separación, se decidió por su madre. Así que lo único que siente en su interior es el regusto de ese odio añejo, irracional, un poso de cicuta que siente en la lengua y en el corazón incluso ahora, delante de lo único que le queda de su hijo. Y la certeza de su ausencia le hace volver el odio hacia sí mismo. Mezquino es como se siente, es lo que es. Una mierda de padre. Una mierda de hombre.

Cierra los ojos y apoya las manos en la mesa, buscando sustento en lo tangible. La diminuta monja que hasta ese momento se ha mantenido a una distancia prudencial toma su gesto por el de un padre compungido y se acerca carraspeando. Él la detiene levantando la mano y, enarbolando una media sonrisa encantadora y genuinamente falsa, apacigua sus temores. «Se me pasará», se oye decirle, como desde lejos, pero su verdadero yo sigue aquí, más cerca, en el vórtice de sus pensamientos.

—¿Quiere abrirla ahora?

Elías niega con la cabeza. Ni por todo el oro del mundo la abriría en este maldito sitio.

La monja lo mira contrita y su apergaminado rostro se repliega sobre sí mismo como un acordeón.

—Sie... Siento mucho lo de su hijo. Le aseguro que aún no sabemos cómo...

—Ya.

Elías la mira con dureza; no puede evitarlo. Ya basta. Está cansado de interrogantes, de respuestas huecas, de conmisericordia de manual. Así que levanta la caja, sintiendo un tirón en las lumbares, y, sin mirar a la monja, atraviesa la puerta metálica de la habitación que ocupó su hijo.



Sale a un largo pasillo gris, al que la luz de los fluorescentes colocados a intervalos regulares confiere el aspecto de un cuerpo enfermizo.

Mientras avanza siente la carga en los brazos y en la espalda, pero más acentuada en la cabeza, como una congoja travestida de cefalea. Intuye las miradas que le dirigen los ocupantes de las habitaciones de la derecha, meras sombras chinescas tras las mirillas cuadradas cubiertas de rejilla. Acelera aún más por la médula del pasillo, nervioso sin saber bien el motivo, mientras la numeración de las habitaciones decrece a mayor velocidad. Jadea sofocado, la caja puro plomo, y siente el sudor que le resbala por la nuca y el regusto de la bilis que le aflora a la boca.

Recortado frente a él atisba un rectángulo de luz, y un gemido inesperado, mezcla de miedo y alivio, brota de él cuando comprueba que se trata de la salida. Apoya la frente húmeda en el cristal; las monjas lo miran recelosas, pero siguen con sus quehaceres.

La puerta da a una rotonda señoreada por un vetusto magnolio, y lo recibe el ambiente brumoso del atardecer, un continuo plúmbeo del organismo enfermo que ha dejado atrás, como si hubiera traspasado un *foramen magnum*.

Sacude la cabeza, sorprendido por el devenir de sus pensamientos, que va mucho más allá de su pesimismo habitual. La obligada despedida a su hijo, conocer el lugar vacío y deprimente donde pasó sus últimos días... le hace sentir más que nunca la losa de su mortalidad, el hastío de un viejo de sesenta y cuatro años que dejó su cátedra de Matemáticas porque quería tener tiempo para no hacer nada y descubrió que «la vida está en otra parte».

Se dirige hacia su viejo Renault y mira la caja mientras la deposita en el maletero, como si la viera por primera vez, como si fuera el motivo de todo, o el señuelo, o tal vez ambas cosas.

Y sigue pensando en ella mientras arranca, mientras observa frente a sí, sobre la ciudad, lo que un poeta describió como un barco cárdeno de nubes que se dirige hacia el arrecife del ocaso. Hoy los versos le suenan vacuos, falsos. Mientras, en un ángulo del retrovisor, contempla el letrero que pende sobre la entrada del edificio que deja atrás, en letras negras sobre fondo gris, como no podía ser de otra forma, y que anuncia la Residencia Psiquiátrica Nuestra Señora de la Montaña. Se da cuenta de que la mirada otrora firme es ahora titubeante, húmeda, la del que sabe que acarrea en una caja los pecados del pasado y los interrogantes de la misteriosa desaparición de un hijo.

Una anodina caja de cartón, grande y pesada, vetuada de mugre y moho.

## Capítulo II

Érase una vez un muchacho que se encontraba en una playa. Todo seguía tal como lo recordaba, porque no era la primera vez que estaba allí: la arena, una alfombra blanca moteada de algas oscuras, infinita, que se unía con el horizonte en un eterno beso; el mar, una taza añil en la que se estribaba el azul del cielo. Y entre medias, como ovejas recortadas, las nubes, que descendían en manadas a abreviar.

Lo que el joven no recordaba bien era cuánto tiempo había pasado desde la última vez que estuvo allí. Fue hace mucho, mucho, o apenas nada; le era difícil precisarlo, admirado como estaba ante tan hermoso paisaje. Hace un segundo, o unos años, estaba en su casa, mirando por la ventana de su habitación la calle donde vivía, los niños que corrían, escuchando los ruidos cotidianos de su ciudad. Y en un abrir y cerrar de ojos se encontraba en esta playa, lo más hermoso que jamás había contemplado.

Se quedó inmóvil, absorbiéndolo todo, moviendo tan solo, sin ser consciente de ello, un pie con el que trazaba círculos y líneas en la arena. Se agachó y recogió un puñado.

—¿Cuántos granos caben en el hueco de una mano? —se preguntó en voz alta. Recordaba haber leído la respuesta en algún libro. Muchos millones, seguramente. Qué curioso. Minúsculos asteroides de sílice, planetas liliputienses que se derramaban entre sus dedos, almas gemelas que quizá jamás llegaran a conocerse, o que tal vez ya se conocían y no lo sabían...

—¿Cuántos quieres que quepan? —contestó una voz sibilante a su lado. El joven se giró y observó, sorprendido, que quien había contestado era una extraña serpiente que no estaba hacía un instante. Al menos tenían eso en común. Se quedó mirándola, pensando qué responder... y si iba a responder. No era muy dado a hablar con animales.

—¿Cuántos, cuántos, joven mudo?, ¿cuántos? —El ofidio emitía esta aguda cantinela mientras reptaba a su alrededor, sin dejar de mirarlo. Era un ejemplar algo ancho, de color crema, con dibujos ondulados en el lomo, como letras de un antiguo alfabeto. Pero lo que más llamaba la atención eran unos ojos que no se apartaban del joven. Eran gemas del color del fuego engastadas en la cabeza. Al chico no le daban miedo las serpientes, pero lo ponía nervioso la forma de mirarlo de aquella.

Como si le hubiera leído el pensamiento, y de hecho así había sucedido, pues tal era su naturaleza, el animal dejó de moverse y le dijo:

—No te preocupes; no te haré daño. Como prueba, te diré mi nombre, y así tendrás poder sobre mí, porque quien conoce el nombre de otra criatura posee una parte de ella. Me llamo Shitna.

—Hola, Shitna.

El joven se sentía francamente idiota por saludar a un animal.

—Hola, joven torpe. Y ahora, responde. ¿Cuántos quieres que quepan?

—No lo sé.

—Eso no es cierto.

En efecto, no lo era. El joven se conformaba con uno solo que los contuviera a su madre y a él.

Miriam se interrumpe al oír la respiración acompasada de su hijo. Daniel ya se ha dormido. En silencio, como todo lo que hace. Su principito... Observa su rostro ladeado, apoyado en la almohada. Como la playa del cuento que ella misma le escribió, y se siente pequeña al pensar que fue su última obra, Daniel tiene la piel de arena blanca punteada aquí y allá por minúsculas pecas, como algas pardas, como planetas liliputienses. Es tan pálido... Es verdad que ella es muy clara de piel, pero la de Daniel es lechosa como la de un albino. Ha heredado eso de su padre. Eso y alguno de sus trastornos. Solo tiene que fijarse en los perennes cercos oscuros bajo los ojos, prueba indeleble de los terrores nocturnos que lo asaltan noche tras noche y que los terapeutas no son capaces de erradicar. Qué hermosa herencia paterna, ¿verdad? Pero no quiere pensar en él y, como es un ejercicio que lleva años realizando, lo consigue. Se centra en su hijo. También en eso tiene años de práctica: es lo que ha hecho desde que nació. Volcarse en él, cuidarlo día tras día, hora tras hora. «Como cualquier madre», se podría decir, y de hecho se lo han espetado decenas de veces. Por cosas así sabe que los juicios de valor son imposibles de rebatir, a diferencia de las opiniones. «Los niños son niños». Perogrulladas; la atrevida ignorancia. Esas madres no tienen

ni repajolera idea de lo que es cuidar a un niño autista, y tampoco quieren pararse a escucharlo. Piensan que con lo que han hojeado en las revistas de la peluquería es suficiente. Porque cada niño es un mundo, no hay más verdad que esa, pero el suyo es árido, de atmósfera asfixiante, sigue trayectorias erráticas y está poblado de una forma de vida tan diferente que la interacción humana no lo alcanza. Se dedica en cuerpo y alma a sondearlo, tantearlo, buscar resquicios y surgencias. Es explorar los yermos de su mente, el erial de su anatomía, frustrándose en cada intento fallido. Es vivir en un limbo de agotamiento perpetuo, de nostalgia por algo que ni ella misma sabe expresar, donde no puede permitirse ser ni feliz ni estar triste más que en momentos esporádicos. Donde simplemente es, y con eso le basta. Quizá el tratamiento que empezará al día siguiente sea el definitivo; quizá esta vez funcione. Quizá lo cambie todo. Quizá. Pero el quizá es el nunca de los soñadores, y el día de mañana está aún muy lejos.

Miriam se levanta y suspira, sin reparar en el parecido que guarda con el joven que contemplaba la playa en su cuento. Ambos solitarios, perdidos, ambos trazando con el pie, sin saberlo, círculos y líneas. Ambos, geometría sonámbula.

El niño se remueve en sueños, destapándose los brazos, y ella se inclina para echarle la manta por encima. Ojalá fuera igual de fácil cubrir los recuerdos.

Lo mira una última vez y sale, dejando la puerta entornada. Así podrá oír los gritos si, Dios quiera que no, las pesadillas vuelven a acudir. Espera solo por él, solo por él, que esta sea una de esas pocas noches tranquilas; se siente egoísta por estar agotada. Y desea con todas sus fuerzas que mañana todos los problemas de su principito, de la única persona que

da sentido a su vida, su mutismo, sus terrores... desaparezcan. Abracadabra. Ojalá todo fuera igual de fácil que en los cuentos de hadas.

La habitación queda a oscuras. Solo una rendija de la luz del pasillo aporta una tímida iluminación al dormitorio del niño. Daniel se rebulle inquieto, da una vuelta, luego otra, y por fin despierta. Esta vez no ha sido por las pesadillas, sino por el anhelo de algo pendiente. Se levanta y se mueve, con la naturalidad del conocimiento, por la plúmbea atmósfera que la oscuridad y el silencio confieren a las cosas. Ahí se siente el niño a gusto, quizá porque su interior es también un reino opacado y mudo. Se dirige a un rincón, junto a la ventana. Rebusca a tientas bajo un sillón y encuentra unas cartulinas, sus preferidas, las de colores. No las ve, claro, pero sabe que son esas, y no solo porque él mismo las dejó ahí por la mañana.

Levanta la persiana un par de dedos, con mucho cuidado; no quiere que su madre se despierte y acuda. Ahora no. Tiene algo vital que hacer. El resquicio que deja la ventana es suficiente para que pase un rayo de luz lunar, un contrapunto gélido a la luz dorada que ilumina la rendija de la puerta.

Y esa luz nocturna es la que el niño buscaba.

Se acomoda, sentado como un buda flacucho, con las cartulinas en el regazo. Mueve la cabeza a un lado y otro, oteando el aire. Asiente satisfecho. Ha venteado el cierzo que le gusta. Ahora levanta las manos en el aire y se pone a gesticular. Cualquiera que lo contemplara, y más conociendo su afición por los cuentos, diría que es un pequeño genio salido de una

lámpara o un aprendiz de prestidigitador de Hogwarts. Sin embargo, la navaja de Ockham es muy afilada y la explicación es mucho más sencilla: el niño solo trata de atrapar el rayo de luna entre los dedos.

Las escuadras de sus manos se afanan primero en mensurar el tenue hilo de luz; luego lo atraviesan, lo acarician, se deslizan por su contorno moldeando como un orfebre el reflejo de nácar. Por fin, el niño parece darse por satisfecho y cesa en sus inefables engarces. Coge una de las cartulinas que tiene entre las piernas y, con sumo cuidado, empezando por una esquina, se pone a romperla en pedacitos diminutos. Usa solo una pequeña parte, deja a un lado el montón de trozos y comienza de nuevo con otra cartulina. Así, hasta que acumula varios montoncitos. Los contempla un momento sonriendo con los ojos, estáticas la boca y la garganta, y de golpe los mezcla. El montón resultante acaba en su mano derecha. Cierra el puño, sosteniendo dentro su tesoro de charol, y se lo coloca en la otra mano abierta. Y entre ambas, el rayo de luz lunar.

Ahora llega el misterio, porque es cuando empieza el juego. Daniel abre un ápice el puño, y lentamente, en un goteo, manan los pedacitos de cartulina. Alabeando por el aire, caen sobre la mano abierta. Así, uno tras otro, observamos a un niño pequeño que a su vez observa, extasiado, todo sonrisa ahora, cómo se derraman por sus manos los trozos de cartón. Y cuando caen todos, los recoge y vuelve a empezar el juego, una y otra vez, en una cadencia que a cualquier adulto se le haría tediosa. Daniel también ve caer simples trozos de cartón, apenas más magia que el confeti de un cumpleaños añejo, pero ahí no reside el misterio. Es en el tránsito donde surge la magia. En el instante en que los pedacitos cruzan la luz



dejan de ser, a ojos del niño, mera cartulina. Para él, como para el joven del cuento, que será él mismo algún día, pasan a ser algo muchísimo más importante: son mundos los que arracima, galaxias las que expanden sus manos. Incluso parecen adquirir un brillo dorado, ajeno al reflejo lunar, que se incrementa en cada ascenso y descenso por el reloj de arena de las manos. Y entre los fotones que se entrecruzan como cometas ve rostros, rostros que a su vez lo observan. Con desapego, con curiosidad. Como lo suelen mirar los mayores cuando van a algún sitio público, pero con un punto más de avidez.

Y en ese instante, Daniel es casi, casi feliz.

### Capítulo III

Elías abre la puerta de su casa y enciende la lámpara de la entrada. Esta pende de un techo inusualmente alto, fruto de una vetusta construcción, lo que explica, junto con las sucesivas particiones de una antigua casa señorial, la peculiar distribución y orientación de las habitaciones. A su derecha se abre una minúscula sala de estar. Entra en ella y, aún con la caja en la mano, se las apaña para encender la radio. En la sala, además de espacio, falta el omnipresente televisor, ambas carencias por decisión propia. Esto, junto con el hábito de escuchar música clásica, lo ayuda a sobrellevar la soledad.

Hace muy poco que ha alquilado este apartamento, poco después de prejubilarse y dejar su cátedra de física y matemáticas en Madrid. Una vuelta a los orígenes, o quizá una excusa para atender el requerimiento escrito de su hijo y, de esta manera, acercarse de alguna manera a él. Desde que Sara abandonó la casa que compartían en Madrid no había estado en una vivienda que de alguna manera, aunque fuera arrendada, pudiera considerar suya. Por supuesto, podía permitirse algo mejor que este viejo apartamento del extrarradio, en una

especie de pueblo de casas bajas encastrado en la periferia de la ciudad. La pensión de un catedrático no era la de un ministro, pero no estaba mal. Sin embargo, nunca había deseado tener más de lo necesario. Quizá ahí radicaba el problema.

Sale de la habitación. La luz alcanza a iluminar la parte inicial del pasillo, hasta un recodo, y las puertas del minúsculo cuarto de baño y la cocina, que forman un ángulo. Más allá, el pasillo gira y acaba en el único dormitorio. Elías entra en él y, como ve que la persiana del buró que está a la derecha se encuentra cerrada, opta por dejar la caja encima de la cama aún por hacer.

Echa un vistazo alrededor y se sorprende por el desorden imperante, como si hasta ese mismo momento no hubiera sido consciente de ello, como si no fuera él el causante. Es su especialidad, las matemáticas del caos. La cama antigua, estrecha, bajo una ventana enmarcada de herrumbre. Al lado, contra la pared, un secreter antiguo de haya del siglo XIX, sin duda el objeto más valioso de la casa... incluido él mismo, como piensa con sorna.

Y, por supuesto..., libros. Miríadas de ellos. Una vez Sara le dijo, en uno de sus escasos raptos de ira verbalizados, que no era más que un teórico de la vida, un pusilánime que no sabía afrontar los problemas cotidianos, que erguía entre ellos, y entre sí y el resto del mundo, una muralla de libros. Y aquí está él ahora, solo con sus amigos más fieles, sus ajados, ascéticos, apasionantes libros. Apilados en columnas; bajo la ventana; desbordando el estrecho desfiladero entre la cama y la pared, y en una enorme estantería barata sostenida a duras penas, opuesta al escritorio. La observa, preñada de libros, las baldas combadas, una amenaza perenne de parto de hojas y

astillas. Se recuerda por enésima vez que debería aligerar el peso y, por enésima vez, se contesta que otro día.

Abre el buró y recoge apresuradamente los folios que ocultaba la persiana, echando apenas un vistazo a los ideogramas esbozados en ellos: ecuaciones, funciones de onda, demostraciones, desigualdades de Bell, atractores... Ahora, sus sudokus físicos no le importan. Vuelve a sentir la urgencia de antes, la curiosidad que mató al gato... o que lo dejó vivo y muerto a la vez, en su caso. Siente la caja detrás, esperándolo, observándolo incluso, y él solo siente el deseo, el único que lo ha impelido a lo largo de toda su vida, de conocer. Por fin, cuando la superficie está despejada, se vuelve, levanta la caja de la cama y la deposita en el tablero. Aunque es amplio, la caja sobresale por el borde. Coge unas tijeras del cajón y las desliza por la cinta de embalar, entre las solapas. Un escalofrío le recorre el cuerpo al cortar la etiqueta con su nombre, como si hubiera pisado su tumba. Es una profanación; él no tiene derecho a hurgar en el pasado, en lo más íntimo de un hijo al que nunca quiso. Pero le urge encontrar respuestas, es una máxima que su vida de docente le ha inculcado. Y recuerda que su hijo expresó por escrito que esa caja se le debía entregar específicamente a él. Es un magro consuelo para sus remordimientos, aunque es mejor que nada. Así que respira profundamente, agarra las solapas y, tras un tirón, por fin la caja queda abierta.

Lo asalta un vago olor de humedad. Orienta el brazo alargado de un flexo para examinar mejor el interior. En el fondo resalta el brillo oscuro de la carcasa de un ordenador. Resulta vagamente amenazador, allí agazapado, quitinosa cubierta de insecto, ocelos plateados del holograma de la marca orientados

hacia él, desafiándolo. Lo agarra con cuidado y lo deposita al lado de la caja, preguntándose si en cuanto deje de mirarlo emergerán de él multitud de patas articuladas y escapará corriendo.

Otro brillo, algo menos intenso, capta su atención. Se trata de una caja de plástico verde oscuro que ocupa casi todo el lateral. Tiene una etiqueta adhesiva blanca, y al acercase puede leer: «Dra. Nieves Andrade, Psiquiatra. Sesiones H. 0 a 4». Debe de tratarse de los apuntes o grabaciones de la última especialista que trató a su hijo. La abre, y dentro encuentra, apiladas con descuido, seis microcintas y una grabadora plateada. Seguramente pertenecían a la psiquiatra, ya que a su hijo, por lo poco que sabía, todo este material analógico debía de parecerle antediluviano.

Por eso vuelve su atención al portátil. Debía de ser de su hijo. Ahora que lo observa mejor, repara en lo arañada que está la carcasa y en las varias pegatinas que lo decoran, que reivindicaban desde la lucha armada del pueblo hasta la legalización del cannabis.

Sin darse tiempo para analizar las proclamas ni elucubrar en qué andaba metido su hijo, lo enchufa, se sienta en su silla de oficina de saldo y se queda mirando la pantalla mientras lo enciende. Está nervioso, expectante... y tiene miedo, aunque no sepa decir por qué. La pantalla se ilumina, y lo recibe el logotipo de un sistema operativo que no conoce, cosa que no le sorprende demasiado. No hay matemático que se precie que no sepa de informática, aunque en un mundo cada día más digital, él resulta un insecto anacrónico, un lepisma que vive en el papel.

Al momento aparece un pequeño recuadro titilante que exige una contraseña. Es lo esperable, pero no por ello resulta menos exasperante.

Y ahora, ¿qué?

No conocía a su hijo (conoce, en presente, conoce, solo está desaparecido) lo suficiente para saber qué palabra tendrá como clave, ni siquiera si será una fecha, algún juego de letras o una sigla, ya puestos. Así que, con tantas opciones como pocas esperanzas, empieza por lo obvio: «Lázaro». Nada. Error. Igual, pero sin tilde. Error. Con minúscula. Error. Ufff. Elías se reclina hacia atrás, con las manos en la cabeza.

¿Cuál era su fecha de nacimiento? A ver, recuerda el día, más por la festividad que por cuestiones de nostalgia: 1 de noviembre, Todos los Santos. Y el año...

A ver, Lázaro tenía (tiene, maldita sea, tiene)... treinta y tres. Como el chiste del médico. Y como la edad de Cristo. Prueba con «Cristo», en mayúsculas y en minúsculas, como mero entretenimiento. Y claro..., error. Echa cuentas y pone la fecha de su nacimiento, separada por guiones altos y bajos, por barras oblicuas.

Error.

Se rasca inconscientemente la sien. Solo se le ocurre que tendrá que llevar el ordenador a una tienda de informática, donde haya algún joven, con más pendientes que un corsario antillano y un coche ruidoso con el carburador trucado aparcado en la puerta, que sepa saltarse el cifrado.

Se levanta dispuesto a salir de la habitación, pero una extraña asociación de ideas entre Cristo, los carros de fuego y él mismo lo hace inclinarse de nuevo sobre el ordenador.

Teclea «ELIAS». Y el ordenador, aunque no se anima a andar, cobra vida.

Tan sencillo y, a la vez, tan absurdo. Mientras el sistema arranca, en la pantalla un mero fundido a negro, piensa que

no sabe por qué, de entre millones de posibilidades, Lázaro se inclinó por su nombre. Solo puede suponer que por la misma razón por la que lo eligió para recibir la caja. Quizá porque nadie, ni su madre, habría querido recibirla. Quizá porque supuso que solo él sería capaz de desentrañar el misterio de su desaparición.

—Es mucho suponer —se dice—, pero aquí estoy. No puedo hacer mucho más.

De pronto, en la pantalla se forma una imagen. Es una especie de fotografía muy borrosa, de grano, pixelado o como quiera que se diga, muy grueso, con mucha nieve. Debajo, en mayúsculas oscuras, una frase:

## DETRÁS DE TI

Un dedo helado le recorre la espalda. En la imagen se intuye, más que se aprecia, un rostro muy desenfocado. Pero aun así es escalofriante.

Detrás de ti.

Siente un cosquilleo en la nuca, como cuando nota que alguien lo mira. Se echa hacia atrás en la silla, para conseguir una mejor perspectiva de la imagen, y el miedo se abre paso dentro de él como una marea helada.

Detrás de ti.

A distancia, la imagen parece enfocarse, ganar nitidez. Y el rostro brumoso que lo mira es... antinatural. La boca, un finísimo corte sagital; un desgarró desdeñoso en el rostro. Y esos ojos... grandes, esféricos, que emanan malevolencia, antigua y pura. Y que miran de frente. Pero no a él, sino...

Detrás de ti.

Un terror atávico lo paraliza, le convierte la sangre en cartílago. Dios, esos ojos... Solo quiere dejar de mirarlos, pero no quiere ver qué observan si no es a él, sino tras él.

Detrás de ti.

Se gira de golpe, porque sabe que no tendrá voluntad ni arrestos si lo intenta despacio. Y detrás encuentra... nada. Nada. Su habitación de siempre. Su estantería preñada de siempre, los libros de siempre. Por los clavos de Cristo, ¿qué coño le ha pasado? Esta maldita tensión... , su rutina alterada, primero por la desaparición, luego por la llamada para recoger la estúpida caja... Eso ha tenido que ser. Eso... y que es un viejo estúpido al que la soledad y la hipertensión están pasando factura.

¿Cómo podía tener esa maldita foto retocada ahí, mirándolo, cada vez que encendía el ordenador? Como para no acabar mal de la cabeza. Intenta mirar de soslayo mientras pulsa el botón derecho del ratón, aunque siente esos ojos ahí, sobre él. Abre «Propiedades»; luego, «Imágenes predefinidas», y elige una al azar. Al instante, un campo de grandes girasoles puebla la pantalla. Elías resopla y se masajea las sienes, notando como el alocado retumbar de sus venas se reduce por momentos. Sin embargo, siente una extraña comezón detrás de los ojos, como si un germen transportado por esa mirada aviesa hubiese anidado en sus retinas. Sí que lo ha desasosegado la imagen, desde luego, aunque no es para menos. Cierra los ojos un instante y los abre lentamente, con recelo, como si la mirada pueda abrirse paso entre las flores, desgarrar la pantalla y llegar a él. No es así, claro, y vuelve a recibirlo la estampa bucólica.

Respira a fondo, se serena y se centra en buscar lo que sea que le haya dejado su hijo. Observa el escritorio y comprueba



que el contenido de iconos es muy escaso, ascético incluso. Tan solo reconoce algunos programas habituales de reproducción de audio y vídeo, y un par de carpetas. Una indica «Archivos temporales», y la más críptica, tan solo «D».

Sumido en el desconcierto, abre la primera. En su interior encuentra una serie de carpetas ordenadas alfabéticamente: Abducciones – Clarividencia; Criptozoología – Feérico; Forteano – Hiperestesia; Holografía – Magnetismo; Mineralogía – Psicología; Precognición – Sincronicidades; Sinestesia – Zoología.

Lázaro se queda asombrado. ¿Qué es esto? ¿Un hobby extraño? ¿Un trabajo de investigación de algún tipo? Sabía que su hijo escribía, y que hacía alguna chapucilla ocasional como informático, pero esto... ¿A qué venía esta extraña mezcla de categorías? Algunas apenas le sonaban, y otras no casaban entre sí. Materias empíricas mezcladas con paparruchas paranormales y pseudociencia. Quizá solo se tratara de documentación para algún libro, pero pincha alguna de las carpetas y comprueba que contienen miles de documentos, fotografías y apuntes escaneados. Un trabajo ímprobo, de años, una verdadera obsesión.

Eso es. Claro. En realidad, no debería sorprenderse tanto. Sabe de sus trastornos, y las obsesiones deben de estar asociadas a alguno de ellos. Aun así, en los ingentes ficheros, ordenados con mimo por fechas y materias, y en la elección de aquel rostro demencial como fondo de pantalla, no le parece encontrar el caos esperable en un perturbado. Solo observa un afán de investigar, de saber... Algo que él mejor que nadie puede comprender y, de hecho, compartir.

Cierra la carpeta con intención de revisarla con más atención en cuanto pueda, y abre la otra. Encuentra unas hojas de

cuaderno arrancadas y escaneadas, y le parece reconocer la letra. Y tanto que sí. Es la de Lázaro, no hay duda.

Echa un vistazo y comprende que tiene ante sí una narración en primera persona de su hijo. Sus vivencias y sus anhelos, deslavazados y sin orden cronológico aparente; apenas ha conservado una entrada cada varios años, numeradas del uno al doce. Pero es la vida de su hijo, al fin y al cabo..., junto con sus últimos días.

Ha encontrado su diario.